

## II.

### LA LEYENDA DE LOS PARISIS.

Por la noche, Parisis, fué á ver sus amigos al café Inglés, en el núm. 16, que seria la lógia infernal de esta época si una lógia infernal fuera posible que existiese.

En él encontró á Monjoyeux, que abría sus manos llenas de paradojas; Miravault, borracho con los millones que soñaba y con el vino de Champagne que aritméticamente bebía el príncipe Azul que mareaba á la señorita de Tournesol; á Guillermo de Montbrun que enseñaba la Historia morganática desde Fredagunda hasta la señora de Pompadour, á cuatro jóvenes, las cuales no dudaban de que luego de haberlas hablado les regalaría á cada una un dige por haberle escuchado.

Se había cenado dando tormento á algunas perdicés y despachando algunos manjares esquisitos.

Aquellas jóvenes llegaban del baile; sus ramilletes estaban mústios y ajados, como su virtud aunque no tanto.

Se respiraba un olor de vino derramado, de flo-

res ya secas, de cabelleras postizas y de polvos de arroz.

Aquello parecia una orgía.

—Qué ocurre de nuevo? preguntó Montbrun.

—Khalil-Bey ha comprado Brunequilla, respondió el príncipe.

—Es una muger? preguntó la señorita Ofelia.

—Nó, es una reina.

—Ocurre, que se han cometido algunos crímenes y se cuentan algunos nacimientos ilustres. Vermout hace de las suyas; le han nacido cuatro hijos: Java-nais, D.<sup>a</sup> Sol, Buenos dias, Buenas noches, Como vamos, Revolver y Vera-Cruz.

Parisis estaba inquieto; durante las otras noches no pasaba mas que una hora en aquella hermosa academia formada por hombres que conocian el arte del buen vivir; pero durante aquella hora estaba deslumbrador. Criticaba los hombres, se burlaba de las mujeres y estimulaba la chispa de todo el mundo con una verbosidad de buen género; el mismo Monjoyeux, escultor y cómico de afición, hombre de una gracia sin límites, era, con frecuencia, derrotado en aquel duelo donde se echaban al rostro, las frases mas vivas y alegres.

Miravault, que contaba los minutos con cierta avaricia, consultó su reloj.

—Van ya diez y siete minutos que Parisis no ha dicho una palabra; le doy otros tres minutos para que se vindique ó de lo contrario le quito el cetro.

—Abdico.

—Qué tienes?

—Nada.

—Es extraño.

—Espílicate.

—No quiero explicarme.

—Veamos; has jugado.

—Has perdido en el juego ó en el amor?

—En el amor! quien pierde gana; en el juego!  
qué es un puñado de oro?

—Tienes razon, cuando está uno dispuesto á comerse los fondos con la renta. Pero en fin, qué tienes?

—Lo qué tengo?...

Octavio no queria hablar; esto sin embargo dijo á media voz:

—Temo que estoy enamorado.

La señorita Tournesol, se volvió naturalmente hácia el jóven.

—De mí? preguntó.

—Si fuera de tí no estaria cuidadoso.

—Ah! entonces te imaginas, dijo el príncipe Azul, que un hombre está irremisiblemente perdido cuando se encuentra enamorado.

—Acaso hasta hoy, dijo la señorita Treinta y seis Virtudes, no os habeis enamorado nunca?

—Nó.

—Cómo puede ser esto, vos que habeis sido amado de todas las mujeres parisienses?

Octavio no respondió. El príncipe Azul se encargó de responder por él.

—Si él ha sido amado, ha consistido en que él no ha amado nunca. Esta es la cancion de siempre.

—Ah! si, dijo la señorita Ofelia que tenia sus ribetes de literata.

Y empezó á cantar:

Quien huye el amor, amor le sigue.  
Quien sigue el amor, amor le huye.

El príncipe apoyó su mano sobre el mármol de la señorita Ofelia.

—Caballero! dijo esta irguiendo su cabeza con noble indignacion; caballero atentais á mi honor que es lo que tengo de mas caro.

—Lo mas caro!...

—Si, puesto que le vendo.

—He aquí una frase afortunada, interrumpió Monjoyeux Es de Larochevoucault.

—Sí, Ofelia debe ser la hija de aquel mendigo de Savarni que recibe una limosna de un hombre de mundo y que le dice para darle las gracias:

—Dios os guarde de mis hijas.

Octavio estaba mas silencioso que nunca. Su hermoso rostro mas bien alegre que pensativo habia tomado, en aquella noche, un carácter de amarga melancolía. Su mirada parecia perdida en no se qué lejano y triste horizonte.

—Veamos, Octavio! estamos en carnaval y de otro

lado para filósofos como nosotros la vida es un carnaval perpétuo. Acaso le dispensarás la honra de tomarlo en serio?

—Tal vez...

—Qué será de nosotros, dijo Monjoyeux; porque este muchacho habrá encontrado en la noche de ayer en un salón ó esta tarde á orillas del lago alguna figura de romance ó de Keepsake, este jóven ya no es un hombre!

—Quien sabe? dijo Octavio. Quizá por la misma razón que me he convertido en hombre es porque estoy triste.

Al oír esta frase chispeante, se observó un profundo silencio.

—Ah! ya lo adivino, dijo de repente el príncipe; conozco tu secreto. Estás enamorado y sientes miedo. El último de los Parisis ha temido siempre el amor. Señores: acerca los Parisis existe una terrible leyenda.

—Príncipe, habeis dicho esto como si estuviésemos en la torre de Nesle: debierais habernos llamado Monseñores.

—Veamos la leyenda, dijo la señorita Tournesol.

—Ni una palabra mas, dijo Octavio con cierto enojo.

—Verdad es, replicó el príncipe Azul que yo conozco esa leyenda solo por haberla oído contar; mas ahora no la recuerdo.

—Pues bien, dijo Octavio, la leerás en *Nostrada-*

*mus.* Allí está. No recuerdas que habla del último de los Parisis?

La señorita Tournesol, quiso tranquilizar á Octavio diciéndole que si él lo deseaba y ella tambien, no seria el último de los Parisis.

El jóven no se dignó contestarla.

Media hora despues dos mujeres se habian dormido en el divan; otras dos habian tentado á dos hombres para contraer un matrimonio de conveniencia, de forma que en el célebre gabinete no quedaron mas que Parisis, Monjoyeux y el príncipe Azul, que desde hacia mas de una hora se habia convertido en príncipe Gris.

—En qué consiste esa leyenda? preguntó Monjoyeux á Parisis.

—Es una bestialidad de los tiempos de antaño. Ya sabeis que no creo en nada, ni siquiera en el diablo; pues bien, desde que he éntrado en la edad de la razón ó sea de la locura, esta leyenda siempre me ha inquietado. Creeis vos en el diablo?

—Sí, por la noche cuando no he cenado. Por lo demás sentiria mucho no creer en él porque Satanás prueba la existencia de Dios. Contadme vuestra leyenda.

—Os advierto, dijo el príncipe Azul, que si él no la cuenta la contaré yo.

Monjoyeux insistió: el príncipe iba á hablar.

Octavio prefirió contarla él mismo.

—«Era el siglo quince, en la época de las grandes

guerras. Juan de Parisís iba á casarse con la niña mas bella de la comarca. Pero hete ahí que á la hora de los desposorios el rey Cárlos VII se le atravesó en el camino bajo el pretexto de la guerra. Hizo prodigios de heroísmo en frente de Orleans. Quiso volver por su matrimonio, pues llevaba ya el anillo de los prometidos esposos. Sufria la nostalgia. Pero como era uno de los mejores capitanes de aquel ejército, Dunois le obligó á que continuara siendo un héroe. Juan recibia las cartas mas tiernas y mas llenas de desesperacion. Blanca de Champauvert se moria viendo que no estaba de regreso. Por fin, aprovechando el intermedio de dos batallas corrió apresuradamente á echarse á los piés de su querida novia.

»Cuando entró en el castillo todo el mundo lloraba. Blanca se muere! Blanca ha muerto! se le dijo. Y la madre, las hermanas y los niños lloraban á lágrima viva.

»Cuando el jóven cojió la mano de su novia esta aun respiraba: parecia que habia tratado de aguardarle para morirse.

—»Eres tú, dijo ella. Bendito sea Dios, puesto que te he vuelto á ver sobre la tierra.

»El jóven la habló, pero ella no contestó mas.

»Su corazon estalló de dolor. Se echó sobre Blanca y besó tristemente sus mudos lábios como si quisiese recoger la muerte en un beso.

»Oh Señor! vos á quién he adorado en Roma, á quién he amado en todas partes, á quién mis abuelos

glorificaron en las Cruzadas, oh señor! tomad mi alma y devolvedme á Blanca!

»Habia caido de rodillas, lloraba con fervor con el rostro bañado en lágrimas. Su novia, que era ya una novia de mármol, no le veia llorar. La familia habia huido ante tal espectáculo. De pronto sonó media noche en el campanario.

»Al muy piadoso Juan de Parisís se le apareció una figura: era la Muerte cubierta de un sudario, con sus ojos vacíos y su boca sin lábios. Sintió miedo, y se arrojó entre la Muerte y su novia.

»La Muerte, mas fuerte que él, le apartó del lecho y se inclinó para coger la jóven.

»Juan suplicó á la Muerte. Y como ella le miraba con su sonrisa horrible, él cogió su espada y le dirigió terribles golpes.

»La espada se rompió en sus manos.

—»Oh Señor! Señor! exclamó, apiadaos de mí!

»Apareció un angel que se inclinó á su vez sobre la jóven y la dió un beso celeste. Pero este beso, como el de Juan, no despertó la niña.

»El ángel se evaporó y la muerte quedó sola frente al lecho de Blanca.

—»Ya que Dios no me oye, gritó Juan de Parisís, que me socorra el infierno.

»Apareció otro ángel: era el de las tinieblas. La muerte se enderezó como si debiese obedecerle.

—»Qué me quieres? dijo el ángel de las tinieblas á Juan de Parisís.

—»Te pido la vida de mi novia.

—»Vivirá; mas, costará caro á tu corazón y tu alma. Cada hora de su vida será pagado por tí por un siglo de condenacion. El hijo que nacerá de sus entrañas será condenado al ver la luz del mundo.

—»No, mi hijo no! Acepto siglos de condenacion pero que la muerte no coja á mi hijo.

—»Quieres que coja tu nieto?

—»No, Soy el último de los Parisis y quiero que el árbol dé aun por mucho tiempo algunas ramas.

—»Pues bien, dijo Satanás que se ocultaba bajo la figura de un ángel de las tinieblas: no serás el último de los Parisis. Tu raza vivirá aun cuatro siglos despues de la muerte de tu primer hijo; pero todos los Parisis nacerán marcados con el sello fatal, todos perecerán trágicamente. Grava estas frases en tu corazón para que sean legadas de padre á hijo, de siglo á siglo, hasta el último de los Parisis.

»Y Juan de Parisis vió estas palabras impresas en caracteres de fuego sobre el sudario de la muerte:

»EL AMOR DARÁ LA MUERTE Á LOS PARISIS.  
»EL AMOR DE LOS PARISIS DARÁ LA MUERTE.

»Todo se desvaneció; la novia abrió los ojos y movió los labios para decir:

—»Vuelvo del Paraiso: Oh! amigo mio, amémonos en Dios.

»Se casaron y fueron felices; pero diez años despues Juan de Parisis murió de muerte violenta.

»Desde hace cuatro siglos todos los Parisis han alcanzado un fin trágico. De generacion en generacion su dicha ha disminuido en un año.»

Octavio contó todo esto de un modo muy sencillo, sin cargar el acento á una frase, no queriendo dar á esta historia un color melodramático, pero estaba sério como si el recuerdo de sus abuelos hubiese templado su alma.

El príncipe Azul quiso reir al principio de la leyenda, pero luego se aficionó á esta como si se tratase de alguna novela de Balzac ó de Jorge Sand. Ya no estaba Gris. Monjoyeux, que amaba el drama con passion, se hallaba conmovido bien como si asistiese á una representacion de teatro.

Las mugeres seguian durmiendo. No se las despertó. El príncipe quiso abrir los labios para preguntar á Octavio si los cuatro siglos habian ya transcurrido; pero no se atrevió. Se contentó en decir:

—Entónces no tendrás deseos de casarte.

—No, replicó el último de los Parisis.

—Ahora empiezo á comprender, observó Monjoyeux, porqué cruzais con tanta rapidez á través de las pasiones: temeis quedar preso en su red.

—No, dijo Octavio, temo mas aun el que yo prenda á alguien, toda vez que debo llevar la desgracia. En cuanto á mí, estoy bien seguro de no amar sino cuando yo quiera. *Ver Nápoles y morir!* dice el proverbio: *Amar y morir!* pero yo no diré esto sino cuando esté disgustado de la vida. No vayais á creer aho-

ra que la leyenda de los Parisis me preocupe mucho. Todas las familias tienen otra parecida: el diablo ha dejado ya de dominar el mundo y yo no debo pagarle mi parte.

—Sí, dijo el príncipe, es cierto: hay también una leyenda en mi familia. No se cree ya en tales cuentos; pero cuando el dedo de Dios se muestra en la vida se piensa un poco en ellos.

—Adios señores, dijo Parisis levantándose.

—No vienes al club?

—No, por la primera vez de mi vida, hoy he contado mi fortuna; no me queda más que un millón y no quiero jugar.

Se levantó y salió. Luego volvió á entrar y como para burlarse de su leyenda exclamó: —Señores: Juan de Parisis, hijo del hombre de la leyenda, murió en 1468: si no me queda más que un millen no me queda tampoco más que un año de vida. Soy rico.

—Pobre Parisis! murmuró el príncipe Azul.

Cuando Octavio hubo cerrado la puerta, Monjoyeux dijo al príncipe:

—Todos los que son bien nacidos tienen bienes y familia. Pero yo que soy hijo de una mujer del pueblo cual será la leyenda de mis abuelos?

—Ah! es cierto, dijo, yo también tengo mi leyenda. No he tenido otra cuna que la primitiva; el seno y los brazos de mi madre: pues bien, una hermosa hada vino á mi cuna y me dijo: *tu serás rey!* sin duda quiso decir que yo sería un rey de comedia, puesto

que he representado el Macbeth y Carlos VII. Ah! si solamente mi madre me hubiese visto representar estos papeles de monarca!...

Monjoyeux inclinó la cabeza sobre su vaso y de sus ojos cayó una lágrima que fué á parar en el vino de Champagne.